

Octavio y Marie José

Yves Bonnefoy

A Octavio Paz y Marie José sus amigos no podían imaginárselos sino juntos desde el día en que se conocieron, y la vida no ha desmentido esta impresión de complementariedad tan intensa como dichosa: tan sólo la ha podido quebrar según su ley exterior lo que había adquirido ser y forma según una voluntad distinta. Y ahora, al presenciar la aparición del librito que Octavio y Marie José concibieron, prepararon y realizaron juntos, los recuerdos empiezan a afluir: recuerdos de más de treinta años, con su ejemplo intacto de una unión profundamente entregada a sí misma, pero que permaneció abierta a las amistades y a las grandes causas: un ejemplo de profunda seriedad, mezclada con agitación y risas. Sólo si no se ha conocido y amado a estos dos seres cabe contemplar estas páginas, y leer estas palabras, sin pensar, en primer lugar, en el poeta y en la artista que las desearon.

Pero estas imágenes y estos poemas existen asimismo por su calidad, que trasciende las circunstancias en que nacieron, y se imponen rápidamente incluso a los que piensan en sus autores, aunque no para proponer una aproximación en detrimento de la otra, sino para revelar que la relación entre quien inventaba los *collages* y quien los comentaba, tenía la capacidad de transponerse en una reflexión de orden general, sin dejar de ser un acontecimiento de su vida en común. ¿Por qué? Porque dos inteligencias se unen en este libro para reflexionar sobre la esencia de la poesía y sobre la esencia de los *collages*, y para percibir las intuiciones inherentes a ambas prácticas y sus tentaciones a veces divergentes, pero también para comprender cómo pueden reencontrarse, cómo pueden confirmarse y afianzarse mutuamente. El vínculo entre Octavio y Marie José no hace aquí sino ensanchar el conocimiento de lo que implica trabajar con signos, un trabajo distinto según los campos en que se desarrolle, pero que se ilumina cuando dichos campos se aproximan.

En este caso, tanto en la poesía como en los *collages*, se trata, de entrada, del hecho de la disociación y de un deseo de unidad; en otras palabras, de aquello que, en los signos, ya sean lingüísticos o invención de los artistas, escapa a la percepción inmediata, situándola en ángulos particulares que la fragmentan hasta el infinito, pero que recuerda la gran realidad, aún no descompuesta, que ha sido borrada y olvidada, e

intenta, a veces, regresar a ella. Este movimiento de retorno es la poesía. Con sus ritmos, con sus imágenes, los poemas tratan, fundamental y específicamente, de volver a encontrar en las palabras que emplean y resignifican la plena presencia de las cosas, y, a través de ella, una unidad en la evidencia del mundo y de la vida, de la cual quien escribe o lee el poema se siente, acaso ilusoriamente, a punto de formar parte, para alcanzar una mayor armonía en su relación consigo mismo y con los demás. La poesía es, en el lenguaje, el movimiento sistólico que reúne aquello que para nosotros permanece disperso, a causa de las palabras que han sustituido a la realidad empírica.

Pero, si bien el acto poético reúne, es en su mismo centro, en la palabra, donde se produce la fragmentación. Por eso será fatal que el poema, cuando se consagra a la transgresión de los significados comunes que permanecen en el exterior, apresados en las redes del pensamiento conceptual, contenga el obstáculo de esa significación, su resistencia sin fin. Y el poeta, el aprendiz de poeta, no deja de forcejear con ella, pero debe admitir que esta dificultad le resulta también fascinante, aunque sólo sea porque la transgresión que persigue únicamente puede hacerse realidad si se produce en el corazón mismo de lo que desea transgredir. Si olvidara la gran corriente conceptual que atraviesa toda palabra, la poesía sería sólo utopía, discurso sobre sí misma, y no verdadera acción. Es un peligro del que son conscientes los mejores poetas, lo cual imprime a sus obras un carácter profundamente dialéctico.

Dicho lo cual, ¿qué podemos afirmar de los *collages*? Parecen exactamente lo contrario de ese proyecto de reunificación que apunta a alturas situadas más allá de la región del espíritu en que los significados construyen y desconstruyen su representación, siempre abstracta y parcial, de lo que es. Porque trocear una imagen, pintura o fotografía, para colocar un fragmento al lado de un jirón de otra imagen, o arrancar un objeto de su entorno habitual para implicarlo en una relación imprevista e irracional con otros objetos en un contexto diferente, y todo ello sin sentido alguno, al menos en apariencia, supone a primera vista, en efecto, eliminar la coherencia en la lectura de las cosas que instituyen y confirman la autoridad del concepto, un nivel del lenguaje que la poesía rechaza, pero cuyo rechazo no es, esta vez, de la misma naturaleza, puesto que no suprime, en los signos, figuras y formas que utiliza, lo que los vincula con la lengua que atiende, sencillamente, a sus intereses y puntos de vista cotidianos. En el trozo de periódico pegado junto a la etiqueta de una botella o de un paquete de tabaco habitan frases que siguen hablando de algún hecho, y evocando las ideas que lo

acompañan, y, si bien estas referencias ya no operan como tales en el plano de nuestra atención, no por ello dejan de preservar la masa de significantes y significados del lenguaje, como una vasta materia que fuese el horizonte sobre el que se inscriben las transformaciones en curso. El *collage* transgrede los dispositivos y las proposiciones del discurso verbal sin abandonar el ámbito de ese discurso; pretende dar nuevos sentidos a los significantes sin negar su inclinación por la significación; trastoca las lecturas, pero para suscitar el deseo de inventar otras más verdaderas, más complejas, más avanzadas en la interpretación conceptual de un mundo en perpetuo devenir: en suma, sigue, parece seguir de parte del lenguaje, y no de lo inmediato de la experiencia sensible que el lenguaje desconoce.

¿Sería, pues, el *collage*, más específicamente, un descentramiento, una subversión, una desmultiplicación de las ortodoxias de la palabra, pero con el propósito de que el pensamiento definidor y analítico alcance nuevas formas de conocimiento? La diástole, esta vez. La descomposición de lo inmediato, fomentada y acelerada por el recurso, cuando la conciencia rige los actos, a cuanto constituye una crítica de las concepciones insuficientes de la ciencia, apesta a las trampas y mentiras del hecho social, y avanza, así, en las deconstrucciones y reconstrucciones de una realidad reducida a las fórmulas que se le proyectan. La mediación superactivada en la práctica del mundo; superactivada y considerada el único lugar de la verdad. Si ello es así, o sigue siendo así, este proyecto supondría exactamente lo contrario de lo ambicionado por la poesía. Con el libro de Octavio y de Marie José Paz estaríamos, por tanto, en presencia de dos operaciones que se contradicen, y de una comparación cuyo deseo es natural que haya nacido, en una vida compartida, del afecto recíproco. Y también, quizá, en el caso del poeta, del deseo de observar, bajo un ropaje diferente del que percibe en el poema, tal cual es, la fatalidad de la significación que desmiente al certificado de asistencia y que adopta, al igual que en los *collages*, la forma de conceptos que, desordenados, no hacen sino transformarse, sin renunciar por ello a ser ideas, pensamientos, producción de objetos y no regreso a lo simple del mundo. Acontecimientos de la escritura de hecho, que, por otra parte, hacen de la búsqueda de la unidad una aportación, quizás indirecta, pero intensa, a esta nueva impugnación de las ortodoxias del intelecto o de la moral, de la que no anda sobrada la sociedad, sobre todo hoy en día.

Pero ahora quisiera subrayar que los hermosos *collages* de Marie José Paz tienen al menos tanta unidad en su apariencia inmediata y tan-

ta armonía como proposición consecuente que nos permiten escuchar, por debajo de las llamadas a la subversión, medios y formas de las ortodoxias del pensamiento y de los modos de ser y de sentir que éstas promueven. A esta actividad de vocación crítica, una vocación que se supone específica del *collage*, superponen una organización espacial que hace del espacio en que se inscriben la fragmentación y el desplazamiento de lo fragmentado una realidad plástica, cuya manifestación esencial y, si se me permite decirlo, cuya enseñanza es el poder de composición, es decir, de reunificación, la superación de la necesidad de analizar, el silencio. He aquí, en una superficie de trabajo, lo que descentra, lo que desmultiplica, lo que promueve incesantemente la metamorfosis de unos conceptos en otros; pero he aquí también, ahora, a un nivel superior, lo que unifica, con una autoridad que se impone a lo que sugiere este trocear, este desplazar este despegar y volver a pegar, que pretenden sorprender, que son lo propio de un arte que han inventado por igual, fijémonos bien, los músicos que fueron Picasso y Bracque durante el período cubista, y los terroristas del lenguaje cuyo mejor ejemplo sigue siendo Schwitters. ¿Se consagran los *collages* de Marie José Paz a la lengua, para precipitarla en su devenir, enfrentada a poemas que buscan los instantes de presencia que transfigurarían la palabra? Aún más, ¿no se sitúan por encima del hermoso bullir de los conceptos, para mostrar, gracias a la forma, a la relación no verbal, transverbal, de las formas, que sólo vale la pena vivir la vida si la lección de lo inmediato reestructura y musicaliza el desorden del intelecto aplicado a la construcción de un conocimiento exterior?

Esto veo en ellos, en todo caso; en una palabra, diría que escuchan la poesía, y que comprenden la voluntad de la poesía, tanto como, por su parte, Octavio Paz contempla, en este libro, y considera, y se toma muy en serio la intuición, en suma, a dos tiempos, que se manifiesta en el *collage*. Estas obras, llenas de gravedad y de resonancias, dicen al deseo de la poesía que si su búsqueda, sin duda, gusta de, y favorece, y hasta diríase que ensalza el descentramiento, lo diferente, la subversión de la economía de los signos, los o las que se dedican a ello no ignoran lo que se arriesgan a perder, aunque saben también que no pueden dejar de decir ese riesgo y reparar esa pérdida, curvando lo múltiple hacia lo Uno, y devolviendo al silencio que nace de la armonía de las formas la palabra que vaga en los acercamientos imprevistos entre sistemas de signos.

Permiten, pues y esto no es lo menos importante, que las afinidades que se esconden bajo la figura apresurada con que el pensamiento sus-